

ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

J.D. Greear | Transcripción del sermón

Estamos comenzando juntos un nuevo año y quiero que lo iniciemos con una pregunta: Si quitamos todo lo que no es importante en la iglesia, ¿qué nos quedaría o con qué nos quedaríamos? ¿Hacia dónde vamos como iglesia? ¿Trajiste tu Biblia esta semana? Espero que sí, por favor, ábrela en Mateo 4, el primer libro del Nuevo Testamento, en el capítulo 4. Vamos a leer desde el versículo 18. Mientras lo encuentras, quiero hacerte otra pregunta muy simple: ¿en qué piensas cuando escuchas la palabra “cristiano”?

De nuevo: ¿en qué piensas? Todos quienes estamos reunidos en este lugar nos consideramos un grupo de cristianos —o por lo menos, esa es la descripción de esta iglesia— pero, ¿en qué piensas cuando escuchas la palabra “cristiano”? Bien, hagamos un pequeño juego de asociación de palabras. Voy a poner a trabajar sus cerebros. ¿Qué es lo primero que viene a tu mente cuando digo: “ese es un demócrata”? ¿En qué piensas? ¡No lo digas en voz alta! Solo responde: ¿en qué piensas? ¿Qué imagen viene a tu mente cuando digo: “ese votó por Donald Trump”? ¿Y qué si digo la palabra: “vegano”? ¿Qué es lo primero que piensas? Si menciono el nombre de algún equipo y sus fans, ¿en qué piensas?

Si digo: “fan del Real Madrid” o “fan del Barcelona”, ¿qué viene a tu mente? Y si digo: “Star Wars”, ¿piensas en las películas nuevas o en las viejas que dieron origen a la saga? A ver qué opinas de esta, si digo: “actor” ¿quién viene a tu mente?

Muy bien, detengámonos allí. Estas son todas las cosas que nos vienen a la mente aquí en la iglesia. Ahora que tienes la mente bien despierta: ¿en qué piensas cuando digo la palabra “cristiano”? Andy Stanley —un maestro de la Biblia, de Atlanta— dice que si le hicieras esta pregunta a 10 personas distintas, al menos obtendrías 9 respuestas diferentes. Si le preguntaras a la gente en la calle: “¿eres cristiano?”, algunos responderían: “¡Sí, claro!” Otros simplemente dirían: “¿de qué estás hablando?” Algunos responderían: “Sí, pero...”, y otros solo dirían “No, pero...” mientras que algunos responderían: “Sí, pero no del tipo de...”

Algunos de ustedes podrían decir que en algún punto se volvieron cristianos, ¿no es cierto? Si esa fuera su respuesta, entonces, en algún punto de sus vidas hicieron una oración, caminaron hacia el altar, se bautizaron y quizás hasta asistieron a una clase de discipulado. Otros dirían que siempre han sido cristianos, o sea, son cristianos desde que nacieron.

De hecho, algunos que me están escuchando dirán: “No, definitivamente yo no soy cristiano”. Si alguien te pidiera que definieras lo que te viene a la mente cuando escuchas la palabra “cristiano”, ¿se parecería a lo que escuché recientemente de alguien? Esa persona dijo: “Los cristianos son prejuiciosos, homofóbicos moralistas que piensan que son los únicos que irán al cielo, lo cual es una forma de decir que el resto se irá al infierno”. Por favor, no digas: “amén”, aunque sé que algunos de ustedes cuando escuchan la palabra “cristiano”, piensan exactamente en eso.

Voy a darte un dato extraño y a la vez, interesante. Los primeros seguidores de Jesús no se llamaron a sí mismos “cristianos”. Ese no fue un nombre que ellos escogieron. Originalmente, el término “cristiano”, fue un término despectivo, que empleaba la gente fuera de la comunidad judía. Hechos 11 nos habla al respecto, Hechos 11:26 dice que fue en Antioquía donde los discípulos fueron llamados por primera vez “cristianos”. Era un término denigrante que significaba “pequeños Cristos”, algo así como “Cristitos” que caminaban por las calles. Realmente era un término despectivo. Y al escuchar todo esto probablemente pensarás: “si ellos no se llamaban a sí mismos “cristianos”, entonces, ¿cómo se llamaban?” Bueno, la respuesta se encuentra en el versículo 26. Los discípulos se referían a sí mismos como: “discípulos de Jesús”.

Piensa en esto, la palabra “cristiano”, solo se usa 3 veces a lo largo de la Biblia, mientras que la palabra “discípulo” se emplea 281 veces. Eso solo en el Nuevo Testamento. Tú podrías pensar: “Bueno, ¿y...?” Escucha lo que dice Andy Stanley —y francamente yo estoy de acuerdo con él—, Stanley dice: “Quisiera sugerir que cambiemos la palabra más elemental que utilizamos para describirnos a nosotros mismos, pues al utilizarla perdemos la claridad de lo que significa la palabra “discípulo” y que tiene que ver con ser un seguidor de Jesús”. Ahora, si te estás poniendo un poco nervioso y a la vez te estás preguntando a dónde quiero llegar con todo esto... incluso, pude que estés pensando: “¡No puede ser! Este sujeto va a decirnos que después de tanto tiempo ya no vamos a llamarnos “cristianos”; y que ahora, en lugar de llamarnos “cristianos”, debemos de llamarnos: “discípulos”.

Y también puede que estés pensando: “¡Esto me parece raro! ¡Así que se olvide de mí que yo no voy a hacer eso!” Sin embargo, puedes estar tranquilo. No, ese no es el rumbo que voy a tomar. Lo que quiero mostrarte es que muchas personas que se llaman así mismas “cristianas”, están lejos de ser “discípulos”. Mira, el término “discípulo” es mucho más completo que solo ser cristiano, ya que ser solo un cristiano es increíblemente distinto de lo que es ser un discípulo de Jesús. Quiero regresar a lo que significaba ser un discípulo en el tiempo de Cristo. En Mateo 4 está el relato que describe el llamamiento de los primeros discípulos. Allí encontramos una imagen de lo significaba ser un discípulo y cómo se veían a sí mismos los cristianos de esa época.

“Mientras caminaba junto al mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: uno era Simón, llamado Pedro, y el otro Andrés. Estaban echando la red al lago, pues eran pescadores. «Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres». Al instante dejaron las redes y lo siguieron. Más adelante vio a otros dos hermanos: Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que estaban con su padre en una barca remendando las redes. Jesús los llamó, y dejaron en seguida la barca y a su padre, y lo siguieron”.

Quiero hacerte una pregunta, pero quiero ser muy franco contigo. Cuando era pequeño y yo escuché esta historia, en realidad no tenía sentido para mí. A mí me tocó vivir la época de la escuela dominical. De esa forma aprendí las historias bíblicas. Claro, más adelante vinieron las películas cristianas que nos sirvieron para echarle un vistazo al pasado. Fue ahí que vi esta escena en donde todo mundo está concentrado trabajando y de repente, un hombre de túnica blanca y banda azul —como las que usan las reinas de belleza— y, ustedes lo saben, este hombre se les acerca estilo actor de Hollywood con cabello rubio, ojos azules y mirada penetrante y les dice: “*Síganme*”. Y al instante, movidos por el poder de su mirada, ellos respondieron. “*Sí maestro, te seguiremos*”.

Francamente, eso no tenía sentido para mí, ¿por qué? ¿Acaso tenía súper poderes Jedi para convencerlos? ¿Cómo le hizo para persuadir a estos hombres y hacer que lo siguieran? Por eso concluí que Jesús tenía súper poderes o algo por el estilo. Pero una vez que comprendes lo que pasó detrás de la escena, entonces todo cobra sentido. Este episodio es uno de esos momentos en los que portarte como un nerd resulta muy útil y no le molesta a nadie. Así que voy a tomar un par de minutos para intentar sumergirme en algunas cosas que ocurrían en ese entonces, con el propósito de hacer que este pasaje bíblico sea más comprensible. ¿Están listos? ¿Listos para nuestro momento de “profundidad intelectual”? Bien, aquí vamos. En aquellos días, todos los niños hebreos asistían a lo que se conocía como la escuela de la Torá. La Torá era el aprendizaje de los primeros cinco libros del Antiguo Testamento: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Y tú entrabas a la escuela a la edad de 5 años a través de una ceremonia donde a cada niño asistente se le ponía una gota de miel en la lengua. Ahora, muchos niños de aquel entonces vivían en la pobreza, por lo que es muy probable que ese día probasen por primera vez algo dulce. Y mientras esta nueva sensación los inundaba, alguien leía los primeros capítulos del Génesis. El propósito de esta ceremonia era que los niños se quedaran con la imagen de que el estudio de la Palabra de Dios era algo dulce. Por lo que durante los siguientes cinco años aprendían de memoria extensos pasajes de la Torá.

Al cumplir 10 años, se hacía una especie de selección, donde se quedaban los mejores estudiantes —tal vez un poco más del 20% de todos ellos— y el resto volvía a casa con sus padres para aprender el oficio de la familia. Los niños que se quedaban en la escuela, seguían estudiando hasta la edad de 17 años y aprendiendo el resto del Antiguo Testamento, desde Josué hasta Malaquías. Cuando cumplían 17, había otra especie de selección y, si querías seguir estudiando, tenías que buscar a algún rabino —uno que admiraras— y ser evaluado para convertirte en su “talmid”. Ahora, “rabino” quiere decir: “maestro”, mientras que “talmid” significa: “discípulo”. Claro, en hebreo. Una vez que encontrabas a un rabino, tenías que sentarte a sus pies y ese era el modo en que le pedías que te aceptara como su alumno. Entonces, al ver que le estabas solicitando ser su discípulo, él te hacía una serie de preguntas y te ponía a prueba para ver si eras digno de convertirte en uno.

Mira, los rabinos podían llegar a ser realmente selectivos, porque en aquella época volverse un líder religioso era uno de los mejores trabajos. Por eso muchos niños hebreos soñaban con volverse expertos religiosos. Nadie soñaba con volverse un jugador de basquetbol o una estrella de rock, porque esas profesiones ni siquiera existían. Querían volverse expertos religiosos y, por eso, los rabinos solo elegían al más listo o al más talentoso para convertirlos en sus “talmidim”. “Discípulos”, en plural. Otra de las razones por las cuales los rabinos eran tan exigentes, es porque cuando seleccionaban a un discípulo, escogían a alguien que pudiera volverse como ellos. Es decir, que no solo supieran lo que ellos sabían, sino que hicieran lo mismo que ellos hacían. Por muchos años, estos “talmid” seguirían a sus rabinos, imitándolos en todo.

Ellos aprenderían sus formas de comportarse y cómo responder ante cierto tipo de preguntas. Ellos aprenderían cómo reaccionar ante ciertas situaciones. Tanto así, que el mayor cumplido que alguien podía darle a un “talmid” era decirle: “*el polvo de tu rabino te cubre*”. Eso no significaba que el joven necesitaba un baño, sino que era la forma de decir que el lugar donde el rabino caminó cayó sobre él por la forma tan cercana en que lo ha seguido. Todo lo que el rabino hace, lo hacía su “talmid”. El “talmid” estaba

cubierto por su rabino. Una cosa más. En los días de Jesús, existía un tipo de “rabino” que poseía una característica que los judíos conocían como —y esta ha sido mi palabra favorita en hebreo— “mishtar”. Una vez más: “mishtar”, se traduce como: “autoridad”, aunque se oye más bonito en hebreo.

Este tipo de rabinos eran bastante peculiar y poco frecuente. Del primer siglo solo conocemos de una docena de ellos. Es decir, que eran reconocidos como verdaderas autoridades o “smicha”. Si conoces un poco de la historia judía, reconocerás nombres como: Hilel o Gamaliel. Estos hombres eran maestros prominentes de la Torá. Eran místicos y tenían una autoridad espiritual a partir de la cual podían ofrecer interpretaciones sobre los textos. Se creía que ellos aprendieron a cómo tener una relación estrecha con Dios, de tal forma que podían dar interpretaciones nuevas e inéditas de las Escrituras. Y como sabes, a los judíos no les gustaba mucho lo nuevo, porque pensaban que lo sabían todo. En este sentido, las cosas nuevas les desagradaban. Sin embargo, estos rabinos eran conocidos como “mishtar” y uno de los privilegios que tenían, era el de decir: “*Veo que no entiendes esto, yo te lo explico*”.

Además de todo esto, para ser considerado un rabino con “mishtar”, debía comprobar con evidencias irrefutables que había realizado milagros. Y bueno, finalmente, para ser considerado un rabino con “mishtar” debía ser reconocido oficialmente por otros dos rabinos con “mishtar”. Todo esto te lo he explicado para decirte que ser un rabino con “mishtar” era un club bastante exclusivo.

Volvamos ahora a Mateo 4. Aquí aparece Jesús, quien desde pequeño conocía muy bien la Torá y que a la edad de 12 años aparece corrigiendo a los líderes religiosos de su época en el templo, ¿lo recuerdan? Cuando Jesús enseñaba, era común que él dijera cosas como: “*Ustedes han oído que se dijo, pero yo les digo*”. Esta nueva autoridad en la interpretación aparece a lo largo del Nuevo Testamento y también, vemos que quienes se convertían en su audiencia se asombraban de su autoridad. Como dice algunos capítulos más adelante, en Mateo 7: “*las multitudes se asombraron de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tenía...*” en hebreo diríamos: “*como quien tenía mishtar*”.

Les enseñaba con “mishtar”, no como los otros maestros, que repetían lo que otros decían. Porque —si lo recuerdas— durante todo su ministerio Jesús fue cuestionado con preguntas como las que aparecen en Lucas capítulo 20: “¿De dónde proviene tu “mishtar”? ¿Dónde la obtuviste? ¿Quién te la dio? ¡Necesitamos saber ya que haces milagros!”

Mateo 4:23, un versículo antes del que acabamos de leer, dice que antes de llegar a ese lugar: “*Jesús recorría toda Galilea... sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente*”. ¡Vaya cosa! Esto es lo mejor que pudo haber sucedido antes de nuestro relato de Mateo 4. Jesús fue al desierto donde estaba Juan el Bautista. Sí, Juan el Bautista, la gente de esos tiempo lo vea como el ser más sobrenatural que habían, y predicaba en el desierto y del cual emanaba “mishtar” en todo lugar donde enseñaba.

Él decía a viva voz: “*Pero el que viene después de mí, hablando acerca de Jesús, “es más poderoso que yo, y ni siquiera merezco llevarle las sandalias*”.

Y luego de que Jesús fue bautizado, Dios el Padre habló desde los cielos diciendo: “*Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él*”. En este punto, el “mishtómetro” de todos se disparó. Jesús tenía potestad —“mishtar”— y eso fue obvio para todos. Pero, volvamos a Mateo 4, Jesús —con un súper mishtar— escogió a Simón Pedro y a Andrés, que eran pescadores. ¿Qué nos dice el hecho de que eran pescadores? Que ellos no habían pasado la primera selección cuando eran niños. Es decir, eran parte de la banca, eran suplentes, jugadores substitutos. ¡Damas y caballeros! Antes que sigamos, quiero detenerme y pedirles que pongan atención a esto. Cuando Jesús reunió al equipo que le ayudaría a transformar el mundo, ¡escogió a la banca!

No escogió a los jugadores estelares, sino que fue directo hacia los suplentes. Por eso era lógico que ellos quisieran seguirlo. ¡Obvio! ¡Ellos quisieron ir tras ese rabino con mishtar! Tras ese que los había escogido a ellos — hombres sin mucho potencial o carisma personal — para seguirle y volverse como él, para conocer a Dios como él lo conocía, para hacer lo que hizo él, ¡y para ser llenos de su poder!

Hay algunas cosas que quiero resaltar aquí y que tienen que ver con ser discípulos. A partir de Mateo 4 —si estás tomando notas escribe esto— número uno: él no escogió a los más capaces, escogió a los que estaban más dispuestos. Repito: Jesús no escogió a los más capaces, sino a los más dispuestos. Otro maestro de la Biblia, John MacArthur, lo dice de esta forma: “*Al escoger a sus discípulos, Jesús se brincó a los sabios de aquel tiempo*”. Los grandes eruditos estaban en Egipto; la biblioteca más grande estaba en Alejandría; los mejores filósofos vivían en Atenas; y el poder era controlado desde Roma. Jesús dejó fuera a Heródoto, el historiador, al gran pensador Sócrates y al César, el gran gobernante romano. En su lugar, prefirió hombres tan

ordinarios que haberlos escogido parecían una mala broma. No se fijó en rabinos, maestros, expertos religiosos ni tampoco en algún líder de una sinagoga. La mitad de ellos eran pescadores, uno era —en esencia— un funcionario de Hacienda y otro había sido terrorista. Él escogió a la banca porque su efectividad en el mundo no dependería de lo que ellos pudieran hacer para él, sino de lo que él podía hacer a través de ellos. La gente con muchos talentos y habilidades habrían sido un obstáculo para su misión, porque quizá jamás aprenderían a depender de su poder. Jesús les enseñó que su poder a través de vasos débiles era infinitamente más grande que el mayor de los talentos que tuvieran sin él.

Me encanta la forma en la que Jesús refuerza esta idea en sus discípulos. Unos capítulos más adelante, en Mateo 11:9-11, les dice: *“no se ha levantado entre los nacidos de mujer”*—es decir, de nadie en el mundo— *“ningún otro más grande”*. Según Jesús, ¿quién ha sido el predicador más grande que jamás ha vivido? Les doy una pista: Su nombre empieza con “J” y su apellido rima con “artista”. ¡Exacto! ¡Juan el Bautista! Él fue el predicador favorito de Jesús de toda la historia. Esto significa que en su Ipod, Jesús tenía un montón de sus sermones. ¡Simplemente le encantaba! Para él, Juan el Bautista era el predicador más grande que jamás haya existido. Pero aún así termina diciendo: *“Sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él”* ¡Qué tremendo!

El más pequeño en el reino de los cielos significa el más pequeño en toda la Biblia, el que tiene menos talentos, el menos elocuente y el que tiene menos dones espirituales. Alguien que me está escuchando ahora mismo, en cualquier parte de este lugar, aquí mismo es el más pequeño de nuestra iglesia. No quiero ser grosero, pero, incluso, estadísticamente eso debe ser cierto. Uno de ustedes tiene pocos talentos, menos capacidades, es menos elocuente, ¡ya saben!, es el más pequeño según la Biblia. Y mientras estoy predicando esa persona está pensando: “¡creo que me están describiendo a mí!” Y seguramente Dios desde arriba dice: “¡Sí! ¡Te estoy describiendo a ti!” Estás al final de la lista y si a ti te queda el saco —quien quiera que seas— debes saber que eres potencialmente más poderoso para el ministerio que Juan el Bautista.

¿Por qué? Porque tienes algo que Juan no tenía y eso es el Espíritu Santo habitando adentro de ti. A partir de este punto, Jesús dijo que de ahora en adelante Dios no iba a medir tu capacidad sino tu disponibilidad. El Señor no te escogió por ser un gran padre ni tampoco porque fueras un gran testigo o un gran predicador; él te escogió porque sabía que tú podrías ser un instrumento dispuesto mediante el cual él pudiera obrar. El Espíritu Santo en la boca de un creyente es más poderoso que cualquier ejército de súper oradores del mundo, ¿me explico?

Pude ver un buen ejemplo de esto mientras yo estudiaba en la universidad. En esa época, comenzamos un pequeño grupo de estudios bíblicos que creamos para que algunos de nuestros amigos conocieran de Jesús. Y durante algunos meses logramos reunir a unos 12 estudiantes.

En una ocasión, se nos ocurrió que sería una gran idea invitar a nuestros amigos a algún lugar donde pudiéramos compartirles el evangelio y hablarles sobre Jesús. Lo planeamos durante un mes y un día antes de la fecha, repartimos volantes anunciando que la actividad sería el jueves por la noche. Resulta que nuestro pequeño equipo de coordinadores estaba comiendo en la sala del comedor y, entre ellos, estaba Amy, la más tímida de todos. Eran tan tímida que cuando hablaba con otros uno pensaba que se iba a se iba a echar a correr antes de terminar de decir la siguiente palabra. Creo que oraba mucho—no me consta — claro, era una mujer increíble a pesar de que no hablaba mucho. Así que allí estaba ella, sentada a mi lado izquierdo, mientras yo platicaba con alguien a mi derecha. De repente, escuché un ruido a mi lado y allí estaba Amy, de pie sobre la mesa donde todo mundo podía verla.

Se paró con firmeza y francamente yo pensé: “¡se volvió loca!” Hasta me pregunté si alguien le había puesto alcohol a su jugo, porque ¿qué era lo que iba a hacer desde allá arriba? Cuando todos la vieron y se callaron, Amy comenzó a hablar con su voz fina lo más fuerte que pudo, y dijo: “Sé que muchos de ustedes no me conocen y quizás piensen que estoy loca, pero para mí todos ustedes son mis amigos y queremos que sepan que mañana en la noche, algunos de mis amigos y yo, vamos a compartir con ustedes una de las mejores cosas que nos han pasado en la vida y cómo Jesucristo nos cambió; así que nosotros realmente creemos que puede cambiarlos a ustedes también. Por eso creo que deben venir a la reunión y acompañarnos”.

Luego Amy se sentó y cuando la miré le pregunté: “¿Qué hiciste? ¡No lo entiendo!”

Y ella me dijo: “¡Tampoco yo lo sé! Pero sentí que el Espíritu Santo me dijo que lo hiciera”. ¡Oigan! Yo no digo que cuando el Espíritu Santo te hable escucharás voces que te dirán que hagas cosas extrañas, pero la noche siguiente había 700 personas en nuestra reunión. Y en parte se debió a personas como Amy, que escuchan al Espíritu Santo y hacen lo que les pide, porque —te

repito— el Espíritu Santo en la boca de un creyente dispuesto es mucho más poderoso que cualquier ejército de súper oradores elocuentes. Y solo lo entenderás hasta que te encuentres frente a las cosas que Dios te ha pedido hacer. Él no te escogió porque fueras grandioso, sino que lo grandioso está en que te escogió. Tu genialidad no proviene de tus habilidades.

Tu genialidad proviene de su poder actuando a través de ti. Así que la pregunta no es: “¿Qué tan capaz eres?”, sino: “¿Qué tan dispuesto estás?” ¿Te has rendido a él diciendo: “Dios, voy a dejar de poner excusas con mi familia, mi matrimonio, mi ministerio o mi trabajo. Ya no, ya no voy a decir: ¿qué tan capaz soy?, sino: ¿qué tan capaz es Jesús?” Entonces, número uno, él no escogió a los más capaces, sino a los más dispuestos.

Número dos: él nos escogió, no nosotros a él. A partir de esto también podemos ver que él nos elige a nosotros, no al revés. Como ya dije, lo normal era que, si estabas entre los mejores de tu clase, te presentabas ante un rabino y si le caías bien, él te escogía. Por supuesto, ser seleccionado era una fuente de gran confianza, pues si pasaba que el discípulo enfrentaba problemas, podían decir: “no importa, mi rabino cree en mí, por eso me escogió”.

“Él debió haber visto algo en mí”. Es decir, si hoy en día, viniera el entrenador de la selección nacional y te dijera: “¡Oye! ¡Tienes mucho talento!”, y si alguien se burlara de ti, tú le responderías: “¿entonces porqué el entrenador me escogió a mí y no a ti?” Bueno, Jesús hizo eso y mucho más, él fue a buscarlo a sus discípulos cuando ellos ni siquiera lo estaban buscando. Él los buscó cuando ellos no tenían ni idea de que podrían ser sus discípulos. ¿Te das cuenta del nivel de confianza que ese gesto les infundió? Una de las cosas que notarás al leer el Nuevo Testamento, es las veces que Jesús y los apóstoles hablaron del tema de cómo él los escogió y cómo este acto les brindó mucha confianza.

Cuando empecemos nuestro estudio sobre el libro de Efesios, que será el próximo libro que estudiaremos, veremos cómo Pablo desarrolla este tema, que tú no escogiste a Dios, sino que Dios te escogió a ti. Su intención no era exponer los misterios de la predestinación, lo que intentaba comunicarle a los Efesios —y también a ti— es que, en medio de un mundo lleno de oposición, puedes confiar en que, si Dios te escogió, él también velará por ti sin importar el tamaño de los obstáculos que enfrentes. Lo que importa es el tamaño del Dios que te respalda, que es más grande que cualquier cosa. Mayor es el que está en ti, así que deja de preocuparte por los obstáculos y empieza a enfocarte en Dios. Ese es el punto central de la elección, pero ahora, escucha.

Escucha lo que Jesús dijo con sus propias palabras a sus discípulos: *“No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto”,* dar fruto significa ganar a otros para Cristo, y dice: *“un fruto que perdure”.* No se trata de un asunto temporal, sino de algo permanente, de un fruto real, eterno. Y sigue: *“Así el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre”.* Cuando Jesús dijo: *“ustedes no me eligieron a mí, sino yo a ustedes”,* su punto no era: *“Oigan, yo creo en predestinación”,* sino: *“yo te elegí, y todos los propósitos que he planeado para ti voy a cumplirlos. No voy a olvidarme de ellos. Así que cuando te sientas inseguro, confía en los propósitos que tengo para tu vida porque aun si tú fallas, ellos no lo harán”.*

Mira, aquí es donde más falla nuestra confianza, ¿no es cierto? Muchas veces hemos dicho que perdimos nuestra confianza en Jesús, cuando en realidad no es eso. Lo que perdimos fue la confianza de lo que Jesús haría a través de nosotros, de lo que dijo que haría, ¿me explico? Un buen ejemplo sobre esto se encuentra en Mateo 14, algunos capítulos más adelante. Aquí vemos a Pedro, en medio de una tormenta, pensando que se van a hundir y, entonces, ve a Jesús caminando sobre el agua. Pedro le dice: *“Señor, si eres tú... mándame que vaya a ti sobre el agua”.*

Y Jesús lo invita. Entonces, Pedro salta del bote y de pronto está caminando sobre el agua. ¡increíble!, ¿no? Pedro da algunos pasos, observa las olas que lo rodean y... ¿recuerdan qué pasó?

Entró en pánico, comenzó a hundirse y en este punto decimos: “¿Ya ves? ¡Pedro perdió su confianza en Jesús!” Pero, ¿realmente pasó eso? No. Él seguía confiando en Jesús, porque lo veía frente a él de pie sobre el agua; mas bien, perdió su confianza en la habilidad de Jesús de hacerlo caminar sobre el mar, ¿ves la diferencia? Donde suele fallar tu confianza, no es en el carácter de Jesús, sino en su promesa de llevar a cabo lo que te prometió. Tú crees que si Jesús estuviera casado con tu cónyuge, él haría un mejor trabajo que tú, ¿verdad? Pero no confías en que Dios puede hacer de ti el tipo de esposo o esposa que debes de ser. Tú crees que si Jesús criara a tus hijos, él haría un buen trabajo.

Pero eso no fue lo que el Señor prometió, él prometió hacerlo a través de ti. Tú crees que si Jesús trabajara donde tú trabajas, haría un gran trabajo al testificar, pero él no prometió hacer eso; mas bien, dijo que lo haría a través de ti. Así que cuando tu confianza falle, cuando sientas que la vida te aplasta, cuando falles, cuando sientes que enfrentas grandes obstáculos en tu

matrimonio, con tus hijos, en tu carrera o en ministerio, debes recordar que el que nos llamó es fiel y que él cumple lo que promete. Que: *“el que comenzó tan buena obra...”* Filipenses 1:6, *“...en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús”*. Que *“mayor es el que está en ti que el que está en el mundo”*, y que Dios siempre lleva a cabo todos sus propósitos.

“...sé en quién he creído”, dice Pablo, *“y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que le he confiado.”* Cuando me falta la fe, él es fiel, porque él no puede negarse a sí mismo. Cuando yo no pueda, él sí puede. Isaías 46:11, *“Lo que he dicho”*, dice Jesús, *“haré que se cumpla; lo que he planeado, lo realizaré”*. Cuando Jesús te escogió ya tenía un plan. Un plan para tu matrimonio, un plan para tu familia, un plan a través del cual tú pudieras dar fruto sin importar tu capacidad de hablar bien. Todo se trata de depender de lo que él es capaz de hacer a través de ti y en esto es en lo que debes depositar tu confianza.

Algunas veces, al final del servicio, alguien se me acerca —porque así es nuestra iglesia— alguien se me acerca para contarme que se tiene que mudar por razones de trabajo y en sus ojos se nota el miedo. Ellos me dicen: “Esta iglesia ha significado tanto para mí y Dios ha hecho tanto en mi vida, pero por motivos laborales debo de mudarme. No sé a qué tipo de iglesia voy a llegar y si en ese lugar tendré un grupo de apoyo o de amigos”.

Yo, en cada una de esas ocasiones, siempre les cito Efesios 2:10. Este texto dice que Dios ha dispuesto de antemano las buenas obras que quiere que hagamos. Esto significa que Dios va delante de ti, como si fuera tu agente de viajes, agendando todo lo bueno que quiere que lleves a cabo. En otras palabras, él te dará el grupo de apoyo que necesitas y los amigos que necesitas. También se asegurará de que tengas todo lo necesario para enfrentar la tentación, vencerla y crecer. Tu trabajo no consiste en llegar y tratar de descubrir qué es lo que debes de hacer, tu trabajo consiste en ir y buscar a Cristo Jesús, dirigiéndote hacia las cosas que él ha dispuesto y planeado para ti. Y si él lo dijo, él lo hará, puedes confiar en él, ¿verdad? Este es el segundo punto.

Aquí viene el tercero: nuestro principal llamado es a estar con él. Nota exactamente cómo lo dijo: *“Sígueme”*. En lo personal, me encanta esa palabra. Él no les dijo a dónde irían ni tampoco qué tipo de tarea tenía para ellos. Su principal llamado no era hacer algo, sino parecerse a él. Y para parecerse a él, tenían que conocerlo; y para conocerlo, tenían que pasar tiempo con él; y para pasar tiempo con él, tienes que sumergirte en cada palabra que sale de su boca.

No tomaré mucho tiempo para decirles que en esta iglesia hay varias oportunidades para conseguir esto: mensajes semanales, grupos pequeños, estudios especiales, etc. Si realmente estás comprometido con volverte su discípulo, entonces puedes sacar provecho de todos estos recursos. No me refiero a solo venirme a escuchar una vez a la semana, sino a profundizar en la Palabra todos los días por tu cuenta, a memorizar las Escrituras, a leer libros que hablen de la Biblia, a escuchar sermones a través de la radio o de podcast hasta que te satures de ella.

¿Te gustaría que el polvo de tu rabino te cubriera? Entonces, debes dejar que la Palabra de Dios te inunde, que domine tus pensamientos y tu forma de actuar. Hasta que solo pienses en ella, hables de ella, puedas recitarla de memoria o —como solemos decir— hasta que respires la Palabra de Dios. ¿Sabes una cosa? Nunca conocerás más a Jesús de lo que conozcas su Palabra. ¿Quieres que el polvo de tu rabino te cubra? Entonces, empápate de su Palabra y camina con él.

Número cuatro: para seguirle debemos dejarlo todo: *“...dejaron en seguida la barca”*, dice el texto, *“y a su padre, y lo siguieron...”* ¿Por qué se mencionan estas dos cosas? Porque ambas representan lo más importante en nuestras vidas. El bote puede representar tu carrera o aquello de lo que dependes para ganarte la vida. El padre, representaría tus relaciones más significativas. Esto es como si Jesús te dijera: *“Para seguirme, yo debo ser más importante que tus relaciones y tu trabajo”*.

Francamente, muchos de ustedes no tendrán que poner a Jesús antes que a su padre o a su madre, pero otros sí. Hay una jovencita en la iglesia Summit Church, que vive en el Medio Oriente y que hace un par de años vino a Cristo a través de unos misioneros. Ella fue bautizada cuando vivía allá y cuando sus padres se dieron cuenta le exigieron que renunciara a su fe, pero ella les dijo: “No puedo, estoy convencida de que Jesucristo es quien dijo ser”.

Entonces le dijeron: “Pues si no renuncias a tu fe, nosotros vamos a renunciar a ti”. Y la encerraron en un cuarto.

Esa misma noche escuchó a su padre y a su hermano planear asesinarla y entonces supo que estaba en peligro. A la medianoche, su cuñada entró prematuramente en labor de parto y todos corrieron al hospital, dejándola sola en aquel cuarto. Ella sabía que sí iba a escapar, esa era su oportunidad, así que logró huir, corrió a la casa de los misioneros y les dijo: “Tienen que sacarme de aquí porque quieren matarme”.

Para no hacer larga la historia, durante un año o más, ella tuvo que arreglárselas por sí misma. Yo la conocí hace un tiempo en la iglesia, ella estaba solicitando su residencia y pidiendo refugiarse en la comunidad.

Ahora, escuchen, muchos de ustedes nunca van a tener ese tipo de experiencias. Quienes han pasado por esto saben lo amargas que son, pero también sabemos que Jesús es más dulce. Muchos no tendrán que dejar sus trabajos para seguir a Jesús, pero otros sí. Jesús los llevará de un lugar hacia otro en donde tenemos iglesias plantadas. Eso puede pasar. Algunos de ustedes tendrán que renunciar a sus trabajos para volverse misioneros de tiempo completo. Esto también puede pasar. Para muchos de ustedes todo esto no será tan dramático.

Sin embargo, en algún momento, tendremos que decidir qué es lo más importante en nuestra vida. Por ejemplo, los universitarios. Dios puede llevarlos durante sus vacaciones a servir en otros países, o luego de graduarse a vivir cerca de una de nuestras iglesias. Se lo dirán a sus padres y ellos responderán: “¡Olvídalo!” Entonces, en ese momento, tendrán que decidir quién tiene más autoridad en tu vida, ¿tu mamá o tu papá que te dieron la vida o Jesús, que te creó y dio su vida en la cruz por ti?

Estudiantes de bachillerato, puede que tú seas el único de entre todos tus amigos que decidió seguir a Jesús. Te van a etiquetar de “religioso”, “santurrón”, ¡o algo peor! Entonces vas a tener que decidir si eso te intimidará o si Jesús tiene más influencia sobre ti que tus amigos.

En el negocio, van a tener que enfrentar la tentación de realizar algún soborno, porque... bueno, ¡todo mundo los paga! Entonces, tendrás que decidir ser paciente y hacer las cosas a la manera de Dios o lo harás como todos lo hacen. Para muchos esto implicará tomar decisiones sobre sus ingresos. La Biblia dice que una vez que decides seguir a Jesús debes darle lo primero y lo mejor. Para muchos cristianos este compromiso implica comenzar a darle el 10% de lo que ganan. Esa es un área donde la mayor parte de los cristianos demuestran que realmente no son discípulos de Jesús, porque no están dispuestos a obedecer. Todavía no permiten que Jesús sea más importante que cualquier otra cosa.

Mira, seguir a Jesús significa someter cada área de tu vida debajo de su señorío, rechazando todo lo que él prohíbe y obedeciendo deliberadamente todo lo que ha ordenado.

Número cinco, el último aspecto: Jesús nos ordena reproducirnos espiritualmente. Todo discípulo debe de hacerlo. Leamos el versículo 19: “*Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres*”. Él era un pescador de hombres, por tanto, sus discípulos también debían serlo. Esta es una parte esencial de ser discípulo. Esto no es algo que unos cuántos debamos de hacer, sino algo que cada uno es responsable de hacer. De hecho, Jesús dice que si esto no es parte de lo que haces, entonces no eres un verdadero discípulo.

Quizá estás pensando: “¡Yo ya te conozco pastor! Te encanta exagerar las cosas y ponerle a todo un tono dramático!” Bueno, si crees que estoy exagerando, escucha esto, Juan 15:8: “*Mi Padre es glorificado cuando ustedes dan mucho fruto y muestran así que son mis discípulos*”. ¿Cómo demuestras que eres un discípulo? Dando fruto. Debes reproducirte espiritualmente. Esto significa que si eres un verdadero discípulo, dar fruto será un estilo de vida; pero si no estás dando fruto, tienes un motivo para preguntarte si de verdad eres un discípulo.

Iglesia, La gran comisión que Jesús nos dio es esta, Mateo 28:19, lo último que Jesús dijo antes de subir al cielo: “*Vayan y hagan discípulos de todas las naciones*”. Voy a detenerme por partes: “*bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes*”. Muy bien, aquí les va otro momento de erudición. En el idioma griego: “*Bautizar*” y “*enseñar*”, son participios. Solo hay un verbo en esa frase y es “*hacer*” discípulos. Esto quiere decir que cuando lees el texto en griego, las acciones —bautizar y enseñar— se derivan de “*hacer*” discípulos. Lo que esto significa que cualquier cosa que hagamos como la iglesia o como cristianos, el centro de lo que hacemos es el único verbo que Jesús nos dio: “*hacer*” discípulos.

En la iglesia tenemos muchos ministerios, pero la razón de cada uno de ellos es “*hacer*” discípulos. Este es el corazón de todo. Claro que nos encanta mostrar misericordia y satisfacer las necesidades de quienes están en necesidad. Queremos ayudar a los que no tienen casa, a los huérfanos, a los menos privilegiados, a las madres solteras; sin embargo, el corazón de todo esto es enseñarles sobre la salvación en Jesús.

Ahora, escuchen con atención. Quiero referirme a ustedes que son estudiantes universitarios. Algunos se sienten conmovidos por las necesidades del mundo, y eso es grandioso. Los mueve la necesidad de la gente a su alrededor, pero la gran necesidad de las personas es escuchar sobre la salvación en Cristo. Algunos se sienten movidos por el sufrimiento de otros, de los refugiados, de los que sufren en el mundo, y eso es grandioso; pero el mayor de todos los sufrimientos es el que durará para siempre, el que experimenta quienes están lejos de Jesús. Dediquen sus vidas a aliviar el sufrimiento, pero como discípulos de Jesús, sepan que la mejor forma de responder a las necesidades y al sufrimiento del mundo, es hablar de Jesús con la gente, es ayudarles a experimentar la salvación. Por lo tanto, en todo lo que hagan, asegúrense de que el verbo que los dirige es: “hacer” discípulos.

Jesús resumió su ministerio en Lucas 19, al decir: *“Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”*. Si nosotros somos discípulos, esta debería ser nuestra misión de vida. ¿Estoy aquí para buscar y salvar al que se ha perdido? Si el polvo de mi rabino está sobre mí, ¿no debería mi vida ser como la de él? Esta es la primer cosa que debo de hacer y que involucra a cada creyente. Esto no es algo que unos pocos hacemos. Es algo que cada uno, como seguidor de Jesús, hace. ¡Él te llamó y te escogió! Él te escogió a ti, como individuo y te pide que vayas y des fruto.

Robert Coleman, escribió un libro titulado: *“El plan maestro de la evangelización”*, uno de los libros más importantes que he leído. Yo estaba en la universidad y este libro fue uno de mis cinco libros favoritos y que más me influenciaron para comprender cómo servir y seguir a Jesús. Recuerdo una cita: “¿Cuándo aprenderá la iglesia esta lección? Predicar a las masas...”, que es lo que hacemos cada fin de semana, “... predicar a las masas, aunque es necesario, no se compara con el trabajo de preparar líderes para realizar la obra evangelística”, que significa hablarles a otros de Jesús, “... y tampoco pueden las reuniones esporádicas de oración ni los cursos de entrenamiento para obreros cristianos hacer este trabajo. Los individuos —cada hombre y cada mujer— son el método de Dios”.

Su plan para llevar a cabo La gran comisión y el discipulado no es un programa, sino un grupo de personas. Su plan para lograrlo no es un evento navideño masivo —lamento decírtelo— su plan no es hacer que este púlpito sea cada vez más robusto y tampoco usar nuestros servicios de Semana Santa. Su plan es cada hombre y cada mujer de forma individual. Su plan no es algo, es alguien. ¡Eres tú! ¡Tú eres el método de Dios! ¡Tú eres su método!

Este año queremos ver cómo —por la gracia de Dios— te conviertes en un cristiano que da fruto. Y queremos pedirte que te comprometas. No te intimides, hacer discípulos es tan sencillo como enseñarle a alguien —con la ayuda del Espíritu Santo— a seguir a Jesús. Algunas veces eso implicará estudiar la Biblia juntos y para eso vamos a darte algunas herramientas, pero más que eso, hacer discípulos es tan sencillo como abrir tu vida para que otras personas entren.

Me encantan los ministerios en las universidades, donde el 75% del discipulado se lleva a cabo de manera informal. Se trata de enseñarle a la gente a cómo seguir a Jesús, y él ha prometido ayudarte en eso. ¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Qué es lo que te pedimos que hagas?

Voy a compartirte algunas cosas que esperamos que hagas. En primer lugar, debes comprometerte con la iglesia. Y la mejor forma de hacerlo es a través de un grupo pequeño. Los grupos pequeños son pequeñas comunidades donde implementamos los valores y la misión que como iglesia tenemos. Todo eso ocurre al nivel del grupo y, por lo tanto, allí en donde pasas de ser un espectador a ser un discípulo. Para muchos, convertirse en un discípulo ocurrirá cuando se involucren en un grupo pequeño. Allí es donde comenzamos a vivir y poner en práctica nuestra fe. Si aún no participas de uno, en cada campus, tenemos actividades periódicas que llamamos: “grupos de encuentro”, que son una forma sencilla de encontrar tu grupo pequeño. Así que no te pierdas esa oportunidad. También puedes acudir al pastor de tu campus y pedirle que te conecte con uno de estos grupos pequeños. Otra cosa que puedes hacer, es asistir periódicamente a lo que hemos llamado: “la noche de los miembros” en cada uno de nuestros campus. Este es un evento donde presentaremos algunas oportunidades de entrenamiento en las que puedes participar durante el año y que te ayudarán a saber cómo compartir el evangelio, cómo convertir tu grupo pequeño en un centro evangelístico. También aprenderás a involucrarte los programas de mentoría que comenzaremos en la iglesia. Hay muchas, muchas cosas que podrás aprender. Y en esas noches podrás enterarte de cada una de nuestras actividades.

Pero, quizás lo más importante de todo lo que hemos hablado aquí, es que identifiques a una persona. Identifica a una persona, ¿de quién se trata? Voy a pedirte que identifiques a una persona durante este año para que — con la ayuda de Dios— la puedas traer a Cristo. Sé que el resultado no está en tus manos, por eso no te pido que lo hagas tú. Lo que estoy queriendo decir es que te comprometas con Dios y le digas: “Señor, muéstrame a una persona este año en la que pueda reproducirme espiritualmente”.

Iglesia, escucha: ¿qué pasaría si cada una de las 10,000 personas que se dicen cristianas en esta iglesia tomara esto en serio? ¿Qué pasaría si cada una de las 10,000 personas hicieran un compromiso de traer a alguien a Jesús durante este año? ¿Qué pasaría si cada uno en los grupos pequeños se pusieran como meta alcanzar a alguien para Jesús? ¿Cómo sería si cada quien se comprometiera a alcanzar a otro? ¿Puedes imaginar el efecto que eso tendría?

Voy a hacerte una pregunta, pero la voy a plantear en dos partes. La primera, ¿eres tú un discípulo? Quizás no habías entendido esto hasta ahora, pero ¿realmente eres un discípulo o solo eres un cristiano? ¿Has hecho el compromiso de seguir a Jesús? ¿Entiendes a qué has sido llamado? Estamos hablando de un maestro con “mishtar”, con autoridad. Uno que no solamente nos dio un nuevo entendimiento, sino que le ordenaba al viento y a las olas, y lo obedecían. Los demonios huían ante su reprensión, los muertos salían de sus tumbas a su voz. Por él, todas las cosas existen. Por su sangre nosotros fuimos redimidos. Por su gloria fuimos creados. Todas las cosas marchan de acuerdo con su propósito. Él no tiene rival, no tiene igual. Si Jesús es quien dijo ser, entonces, él se merece más que una relación casual y más que venir a la iglesia. Él se merece tu devoción y la adoración total de tu ser. Así que hora de que algunos dejen de ser cristianos y se conviertan en discípulos. Quizás no habían entendido esto hasta hoy y por eso hasta este momento te resulta tan claro, que debes dejarlo todo por ir en pos de él.

Voy a decirte la buena noticia: tú no puedes salvarte a ti mismo. Nada de lo que tú hagas puede salvarte, por eso Jesús vino a morir en el lugar que te correspondía a ti. Él se ofreció para salvarte y lo hizo gratuitamente, como un regalo para cualquiera que lo reciba. La única condición es que te conviertas en su discípulo y rindas todo delante de sus pies. No importa qué tipo de oración hiciste ni en qué tipo de familia creciste, ¿eres su discípulo? ¿Le has recibido y te has rendido a él? La otra parte de la pregunta es: ¿estás involucrado en la misión? ¿Te estás reproduciendo a ti mismo? De no ser así, entonces no, no eres un discípulo. El llamado de Jesús a seguirlo y hacer discípulos, es uno solo y es el mismo.

Hace un tiempo hice un video donde hablé de 3 etapas en el ministerio de Jesús. Voy a mencionártelas rápidamente. Etapa uno, Jesús le dice a la gente: “*Vengan y vean*”. Estas palabras están en Juan 1: “¿a dónde vas Señor?”, le preguntaron, “*vengan y vean*”, les respondió. Muchos de ustedes son así, han venido a ver, están aprendiendo. Luego, a la mitad de su ministerio, Jesús cambió el énfasis de lo que les dijo inicialmente a sus discípulos, y pasó del “*vengan y vean*”, al “*vengan y den su vida*”. Que significa: “*comprométanse por completo conmigo*”, sin restricciones. Casi al final de su ministerio, antes de ascender al cielo, Jesús hizo otro giro adicional. Dijo: “*vayan y cuenten*”. “*Vengan y vean*”, “*vengan y den su vida*” y “*vayan y cuenten*”.

Algunos están atorados en la etapa uno, están estancados allí. Bueno, hoy les invito a la etapa dos y tres. Te invito a salir de los márgenes y venir a morir, y luego salir y hablar, porque eso es lo que hace un verdadero discípulo. Así que busca a una persona y comprométete con ella. Inclinen su rostro conmigo. En todos los campus también.

¿Nunca has sido discípulo? ¿Estás listo? De ser así, entonces acompáñame en esta oración: “Señor Jesús, desde el fondo de mi corazón te digo que estoy listo para seguirte y volverme tu discípulo. ¡Estoy listo! Hoy te rindo cada área de mi vida, te la doy sin condiciones”. Si nunca has recibido su perdón, hazlo en este momento y di: “Lo recibo ahora”. Ahora, oremos todos juntos. “Oremos, Dios, pidiéndote que nos des a una persona este año para ayudarla a llegar a Cristo”. Quizás ya tienes a alguien en mente, su rostro, su nombre, ora por él o ella en el nombre de Jesús. “Dios, ayúdame, ayúdame a reproducirme espiritualmente en esa persona. Me comprometo a ser parte de ello, y a aprovechar todas las oportunidades que esta iglesia me ofrece”.

“Padre yo te pido que este año, las 10,000 personas que formamos parte de esta iglesia, podamos volvernos un ejército que reproduce discípulos en su comunidad, en la familia y en los lugares en donde trabajamos. Te pido que nos ayudes, Señor. Oramos en el Espíritu Santo y en el nombre de Jesús, amén”.